

El viejo lobo de mar* en el Almirante Benbow

El caballero Trelawney, el doctor Livesey y los otros señores me han pedido que escribiera todos los detalles referentes a la Isla del Tesoro, desde el principio hasta el fin, sin ocultar nada, a excepción de la posición geográfica de la isla, y esto únicamente porque todavía quedan allí restos del tesoro que no han sido recogidos. Tomo, por tanto, la pluma en el año 17... de la era cristiana. Y me remonto a la época en que mi padre estaba al frente de la posada Almirante Benbow y el viejo marinero de rostro bronceado, con la cicatriz de una herida de sable, vino a alojarse bajo nuestro techo.

Recuerdo como si fuese ayer cuando lo vi llegar caminando lentamente hasta la puerta de la posada, seguido por una carretilla ocupada por un cofre de marinero. Era un hombre alto, fuerte, recio y con el color de la nuez; su cabello, atado y cubierto de brea, caía sobre los hombros de su abrigo azul; tenía las manos callosas y llenas de cicatrices, con las uñas negras y rotas. La cicatriz de su mejilla era una marca amoratada

* Las palabras con asteriscos remiten a un glosario náutico en la página 323.

y de un blanco sucio. Todavía me parece verlo mientras paseaba sus ojos por la ensenada, al tiempo que silbaba entre dientes, y de pronto empezaba a cantar aquella vieja canción marinera que luego le oiríamos con tanta frecuencia:

QUINCE HOMBRES SOBRE EL COFRE DEL MUERTO.

¡AH, JA, JA, LA BOTELLA DE RON!

Cantaba con aquella voz recia y temblorosa que parecía haberse formado en las barras del cabrestante.* Luego golpeó en la puerta con un pedazo de palo que llevaba en una mano y, al aparecer mi padre, pidió bruscamente un vaso de ron. Cuando lo tuvo entre sus manos, bebió con lentitud, como buen catador, paladeando el líquido y sin dejar de mirar, al mismo tiempo, a su alrededor, a los acantilados y al cartel que, sobre la puerta, tenía escrito el nombre de nuestra posada.

—Ésta es una ensenada práctica —dijo por fin—, y su establecimiento se halla muy bien situado. ¿Mucha clientela, amigo?

Mi padre le dijo que, desgraciadamente, teníamos pocos clientes.

—Pues entonces —dijo—, éste es el camarote que a mí me va. ¡Oye, amigo! —gritó al hombre que empujaba la carretilla—. Atraca aquí y ayúdame a subir el cofre. Me quedaré unos días en este lugar. Yo soy un hombre simple: ron, panceta y huevos es todo lo que necesito, y aquel promontorio allá arriba para observar los barcos. ¿Que cómo me pueden llamar? Basta con que me llamen capitán. ¡Ah!, ya entiendo lo que le pre-

ocupa... ¡Ahí tiene! —y arrojó tres o cuatro monedas de oro en el umbral—. Ya me avisará cuando deba pagarle de nuevo —dijo, con el gesto altivo de un almirante.

Y, en efecto, aunque su ropa era lamentable y hablaba con cierta grosería, no tenía apariencia de ser un simple marinero, sino más bien un oficial o un patrón acostumbrado a ser obedecido o a golpear a sus subordinados.

El hombre que empujaba la carretilla nos dijo que había llegado en una diligencia la mañana anterior, que había parado en el Royal George y allí había preguntado por las posadas situadas a lo largo de la costa. Yo supongo que le hablaron bien de la nuestra y le dijeron que era un lugar solitario, y que por ese motivo decidió alojarse en ella. Y eso fue todo lo que pudimos saber acerca de nuestro nuevo huésped.

Solía ser hombre de pocas palabras. Durante el día pasaba su tiempo alrededor de la ensenada o sobre los acantilados, con un telescopio de metal. Cuando atardecía se sentaba en un rincón del salón de la taberna, próximo al fuego, y se limitaba a beber ron muy fuerte con agua. A menudo ni siquiera respondía cuando se le hablaba; se limitaba a mirar con rudeza y resoplar por la nariz con un sonido similar al de una sirena para la niebla. Nosotros, así como la gente que venía a la posada, aprendimos pronto a dejarlo en paz. Todos los días al volver de su paseo preguntaba si había pasado algún marinero por la carretera. Al principio creíamos que preguntaba porque extrañaba a sus camaradas, pero luego advertimos que lo que pretendía, en realidad, era evitarlos.

Cuando algún marinero entraba en el Almirante Benbow —cosa que solían hacer los que se dirigían a Bristol siguiendo la carretera de la costa—, lo observaba a través de las cortinas de la puerta antes de decidirse a entrar en el salón; y siempre se quedaba inmóvil, como un ratón atemorizado, mientras el tipo estuviera presente. Para mí, al menos, no existía secreto sobre el asunto porque yo, en cierta forma, compartía su preocupación. Un día me había llevado aparte prometiéndome una moneda de plata de cuatro peniques el primero de cada mes si mantenía el ojo abierto y le avisaba en el momento en que apareciera “un marinero con una sola pierna”. Frecuentemente, al llegar el primer día del mes y exigirle lo convenido, se limitaba a resoplar por la nariz mirándome con desprecio; sin embargo, antes de que terminara la semana, siempre acababa por entregarme mi moneda de cuatro peniques y me repetía las mismas instrucciones para que me mantuviera atento a la llegada de “un marinero con una sola pierna”.

Apenas será necesario decir cómo dicho personaje me perseguía en mis sueños. En las noches de tormenta, cuando el viento hacía estremecer las paredes de la casa y el oleaje rugía a lo largo de la ensenada batiendo contra los acantilados, solía verlo adoptando mil formas y mil expresiones diabólicas. Algunas veces tenía la pierna amputada hasta la rodilla; otras, hasta la cadera; en ocasiones se me aparecía como una monstruosa criatura que nunca había tenido más que una pierna, y ésta en el centro del cuerpo. El peor momento era cuando lo veía saltar y correr, persiguiéndome a tra-

vés de setos y riachuelos. De este modo pagaba bastante caros mis cuatro peniques mensuales al tener que soportar aquellas abominables pesadillas.

Pero, a pesar de que me aterrorizaban tanto los sueños sobre el marinero renego, sentía yo menos miedo del capitán que el resto de las personas que lo conocían. Había noches en que bebía más ron del que podía soportar; entonces, solía sentarse a cantar sus viejas canciones marineras, siniestras y brutales, sin importarle las personas presentes; pero había veces en que pedía vasos de ron para todos los asistentes e insistía, a pesar de que muchos temblaban de miedo, en que escucharan sus canciones y las corearan. A menudo sentía vibrar toda la casa con el “¡Ah, ja, ja, la botella de ron!”, en el que participaban todos los presentes, cada uno intentando cantar más alto que el otro para evitar las amenazas del capitán, al que temían como a la misma muerte. Cuando estaba borracho era la persona más violenta que he conocido; pegaba manotazos en la mesa para exigir silencio; solía enfurecerse si alguien le preguntaba algo y, otras veces, se irritaba porque nadie le hacía preguntas y suponía que los presentes no seguían su relato. Ni siquiera permitía que nadie abandonara la posada hasta que, rendido por la bebida, se adormilaba y se marchaba tambaleándose a la cama.

Eran principalmente sus historias las que aterrorizaban a la gente; se trataba de relatos horribles en los que se describía cómo ahorcaban a alguien; o bien, cómo condenaban a algunas víctimas a caminar con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda, a lo largo de una tabla colocada sobre la borda* del barco hasta que

caían al mar; o las tormentas en el océano; o la isla de la Tortuga, y escenas de espantoso salvajismo en otros parajes de la América española. A juzgar por sus palabras, uno se imaginaba que había vivido entre los seres más malvados de cuantos surcaban los mares; y su manera de relatar las historias aterrizzaba a los simples campesinos de los alrededores tanto como los crímenes que contaba.

Mi padre acostumbraba decir que terminaríamos arruinados, porque la gente se hartaría de ir a la posada para que aquel hombre la sometiera, la insultara y la hiciera huir despavorida a la cama. Sin embargo, yo creo que la presencia del capitán ayudaba a nuestro negocio. La gente se atemorizaba en el momento, pero al recordar luego los hechos se sentía atraída: era un emocionante contraste con la vida tranquila del campesino. Incluso existía un grupo de jóvenes que fingía admirarlo y lo llamaba “auténtico lobo de mar”, asegurando que hombres como él habían hecho a Inglaterra temible en los océanos.

Pero en cierto modo parecía, desde luego, que nos iba a arruinar. Pasaban las semanas y los meses, y continuaba hospedado en la posada a pesar de que el dinero que nos había entregado al principio hacía mucho tiempo que se había terminado. Por otra parte, mi padre no conseguía reunir el valor suficiente para exigirle la cantidad adeudada. Si se atrevía a insinuar algo sobre el asunto, el capitán resoplaba por la nariz con la misma fuerza de un león y miraba a mi padre con tanta crueldad, que este no tenía más remedio que abandonar la habitación. En diversas ocasiones

vi a mi padre retorciéndose las manos nerviosamente después de una de estas escenas, y estoy convencido de que el enojo y el temor que le proporcionaban fueron responsables en gran parte de su muerte infortunada y prematura.

Durante todo el tiempo que permaneció con nosotros, el único cambio que hizo el capitán en su indumentaria consistió en la utilización de unas medias nuevas compradas a un vendedor ambulante. Se le había soltado uno de los picos de su sombrero y lo dejó así, colgando, aunque debía de molestarlo cuando soplaban el viento. Todavía recuerdo el aspecto de su abrigo, tan remendado por él mismo, que al final no era más que un puro remiendo. Nunca escribió ni recibió ninguna carta y jamás hablaba con nadie, aparte de los vecinos, y con éstos únicamente cuando se hallaba borracho de ron. Ninguno de nosotros había conseguido ver abierto el gran cofre de marinero.

Sólo en una ocasión alguien se atrevió a hacerle frente. Mi pobre padre se encontraba ya gravemente enfermo y cerca de la muerte, y el doctor Livesey había venido un día, al atardecer, a ver al paciente. Después de una cena liviana, que le ofreció mi madre, el doctor entró en el salón para fumar una pipa mientras esperaba que le trajeran su caballo desde la aldea, ya que no disponíamos de establo en el viejo Benbow. Entré tras él y aún recuerdo cómo noté el contraste que existía entre el pulcro y atildado doctor, con su peluca empolvada, blanca como la nieve, sus ojos negros y vivos, y sus modales agradables y refinados, y los rústicos campesinos. Pero, sobre todo, el contraste era mayor al

reparar en nuestro pirata, aquel sucio y enorme espartapájaros, echado de bruces sobre una mesa, borracho y con la mirada turbia.

De improviso, el capitán comenzó a canturrear su eterna cancioncilla:

QUINCE HOMBRES SOBRE EL COFRE DEL MUERTO.

¡AH, JA, JA, LA BOTELLA DE RON!

LA BEBIDA Y EL DIABLO SE LLEVARON AL RESTO.

¡AH, JA, JA, LA BOTELLA DE RON!

Yo al principio había creído que “el cofre del muerto” era aquel enorme baúl que permanecía arriba, en el cuarto delantero; y esta idea se había mezclado confusamente en mis pesadillas con la figura del marinero renego. Pero ya para entonces ninguno de nosotros prestaba atención a la extraña cancioncilla y aquella noche sólo el doctor Livesey la escuchaba sorprendido. Noté que no le producía una impresión muy favorable porque levantó la mirada repentinamente, bastante enojado, antes de seguir conversando con el viejo Taylor, el jardinero, sobre un nuevo remedio para el reuma.

Entretanto, el capitán se animaba cada vez más con su propia canción y, por último, dio un golpe en la mesa que tenía adelante de tal manera que comprendimos todos que intentaba hacernos callar. Enseguida cesaron las conversaciones, excepto el doctor Livesey, que continuó hablando como antes, con voz clara y amable, dando frecuentes pitadas a su pipa. El capitán lo miró con furia durante un rato y volvió a dar un golpe en

la mesa; luego siguió observándolo con creciente cólera hasta que, por último, lanzó un grosero juramento y gritó:

—¡Silencio ahí, en la cubierta!

—¿Se dirige usted a mí? —preguntó el doctor; y cuando el tipo lanzó un nuevo juramento y asintió, el médico le dijo—: Sólo quiero indicarle una cosa. Si usted no deja el ron, el mundo se verá pronto libre de un sucio canalla.

La cólera del viejo marinero fue terrible. Se puso de pie, sacó una navaja de gran tamaño y, después de abrirla, la balanceó sobre la palma de la mano amenazando al doctor con clavarlo en la pared. El doctor ni siquiera se movió. Le habló como antes, por encima del hombro, con el mismo tono de voz, lo suficientemente alto como para que pudieran oír todos los presentes, pero con perfecta calma y firmeza:

—Si no guarda usted de inmediato esa navaja en el bolsillo, le aseguro por mi honor que será ahorcado en la próxima reunión del Tribunal del Condado.

Hubo a continuación una batalla de miradas entre ambos, pero el capitán no tardó en rendirse; guardó el arma y volvió a su asiento entre gruñidos, lo mismo que un perro apaleado.

—Y ahora, caballero —siguió el doctor—, puesto que sé que existe un tipo como usted en mi distrito, puede estar seguro de que lo vigilaré día y noche. No soy únicamente médico, sino también magistrado. Por lo tanto, si recibo la queja más insignificante sobre usted, aunque se trate tan sólo de una falta de respeto como la de esta noche, haré lo necesario para que lo atrapen y lo echen del distrito. No necesito decir más.

Poco después trajeron el caballo del doctor Livesey ante la puerta y él lo montó y se marchó; pero el capitán se mantuvo muy pacífico aquella noche, lo mismo que las noches siguientes.

Perro Negro aparece y desaparece

No había transcurrido mucho tiempo cuando ocurrió el primero de los misteriosos sucesos que por fin nos iban a liberar del capitán, aunque no de sus enredos, como ustedes podrán ver. Era un invierno terriblemente frío, con heladas de larga duración y fuertes temporales; y era evidente que mi pobre padre no viviría para ver la primavera. Cada día se ponía peor, y mi madre y yo nos hallábamos tan ocupados a cargo de la posada que apenas volvimos a prestar atención a nuestro desagradable huésped.

Ocurrió una mañana cruda y helada de enero, muy temprano. La ensenada estaba toda cubierta de escarcha; la leve ondulación de las aguas acariciaba suavemente las piedras de la playa y el sol, todavía muy bajo, tan sólo iluminaba las cumbres de las colinas y resplandecía en la lejanía del mar. El capitán se había levantado más temprano que de costumbre y había salido hacia la playa con su machete oscilando bajo los anchos faldones de su vieja casaca azul, el telescopio de metal bajo el brazo y el sombrero inclinado hacia atrás. Todavía me parece ver cómo, al caminar, su aliento creaba pequeñas nubes de

humo. El último sonido que capté de él fue un fuerte resoplido de enojo al dar la vuelta a la roca grande, como si todavía estuviera recordando el incidente con el doctor Livesey.

Mi madre permanecía arriba, con mi padre, y yo preparaba la mesa para que desayunase el capitán a su regreso, cuando se abrió la puerta y entró un hombre que nunca antes había visto. Era un individuo pálido como el sebo, le faltaban dos dedos de la mano izquierda y, aunque llevaba machete, no parecía una persona a quien le gustaran las peleas. Como yo permanecía siempre al acecho por si aparecía un marinero con una pierna o dos, recuerdo que éste me llamó la atención porque no tenía aspecto de verdadero marinero y, sin embargo, había algo en él que hacía pensar en el mar.

Le pregunté en qué podía servirle y me respondió que tomaría ron; pero, cuando iba a salir a buscarlo, se sentó sobre una mesa e hizo una seña para que me acercara. Yo me quedé parado donde estaba, con la servilleta en la mano.

—Ven aquí, hijito —me dijo—; acércate más.

Di un paso hacia él.

—¿Es esa mesa de ahí para mi compañero Bill? —preguntó con una sonrisa maliciosa.

Le respondí que no conocía a su compañero Bill, y que aquella mesa era para un huésped de la posada al que llamábamos capitán.

—Muy bien —replicó—. Mi compañero Bill bien puede ser llamado capitán. Tiene una cicatriz en una mejilla y es de un carácter tremendamente encantador, sobre todo cuando está bebido. Así es mi compañero

Bill. Supongamos que tu capitán tiene una cicatriz en una mejilla y que esa mejilla es la derecha. ¡Ah, muy bien! Ya te lo dije. Y ahora, ¿me puedes decir si está mi compañero Bill en casa?

Le dije que había salido a dar un paseo.

—¿En qué dirección, hijito? ¿Hacia dónde se fue?

Y cuando le indiqué la roca, explicándole por dónde era probable que volviese el capitán y lo que tardaría, además de contestarle varias preguntas más, me dijo:

—¡Ay!, el hecho de verme le caerá tan bien a mi compañero Bill como un buen trago.

La expresión de su cara mientras decía estas palabras no era nada agradable, y yo tenía mis razones para pensar que el forastero se equivocaba, aun suponiendo que él creyera lo que decía. Pero pensé que no era asunto mío, y, además, no resultaba fácil decidir lo que debía hacer. El recién llegado permaneció en el umbral de la puerta principal de la posada, atisbando por una rendija como un gato al acecho del ratón. Se me ocurrió salir un momento a la carretera, pero me gritó para que entrara inmediatamente en la casa y, como no obedecí con la rapidez que él deseaba, se operó un terrible cambio en su rostro de sebo y me ordenó entrar, soltando un juramento que me hizo dar un salto. Tan pronto como estuve de nuevo adentro recobró su actitud anterior, entre servil y burlona. Me dio unas palmaditas en el hombro, y me dijo que era un buen chico y que ya me había empezado a tomar cariño.

—Yo tengo un hijo —continuó— que es igualito a ti y que es el orgullo de mi corazón. Pero lo que debe tener un chico es disciplina, hijito, disciplina. Si tú hubieras